

Capítulo XXXIII.

Un sacrificio mal pagado.

Partió la corte á Medina del Campo, y Colon, que necesitaba á toda costa vivificar sus muertas esperanzas, se trasladó á Salamanca llamado por Diego de Deza.

El dominico que habia tenido tiempo para pensar y estudiar seriamente los proyectos de Colon, habia llegado á tener tal convencimiento de la posibilidad de realizar sus planes, que de motu proprio, y sin decir nada á su amigo, habia empleado toda su influencia para atraer á sus ideas á muchos de los que habian asistido al consejo celebrado en el convento de San Esteban, que habian escuchado con indiferencia ó prevencion las razones en que apoyaba el ilustre genovés su proyecto.

Pero sus buenos deseos se habian estrellado por una parte en el servilismo de los unos, que sometian su voluntad á fray Fernando de Talavera, y en el entusiasmo que en los otros producian las conquistas que las armas cristianas alcanzaban en los combates.

La guerra, sólo la guerra preocupaba los ánimos; mientras tanto, las conquistas de las ciencias tenian que vivir en el olvido.

En Portugal, entre tanto, se buscaba inútilmente el camino directo para las Indias, y no habia faltado quien dijese á la corte de don Juan II, que los Reyes Católicos habian recibido al genovés que en otro tiempo se habia presentado á implorar su proteccion, que se habia nombrado un consejo para examinar sus proposiciones, y que todo hacia creer que en cuanto terminaron las guerras con los moros, los soberanos de Castilla y Aragon tenderian una mano benéfica al marino para que intentase el glorioso descubrimiento que se proponia hacer.

Don Juan II, que se habia confirmado en sus opiniones con el parecer de los sábios á quienes habia consultado el proyecto de Colon, pensó que anticipando su proteccion á la de los Reyes Católicos, sin arriesgar gran cosa, podria arrebatárles la gloria y el provecho que aquella empresa pudiera proporcionarles.

Comisionó á un hidalgo portugués, llamado don Luis de Souza y Fajardo, para que secretamente buscase á Colon y le explorase, averiguase en qué estado estaban sus negociaciones, se informase de todo,

y en caso necesario ofreciese á Colon la proteccion de su soberano.

Púsose en camino don Luis, y desde luego se dirigió á Medina del Campo, adonde estaba la córte.

Informóse de la actitud en que estaban los reyes; y convencido de que por entonces no les preocupaba más que el deseo de apoderarse de Granada, averiguó dónde estaba Colon, y supo se hallaba en Salamanca hospedado en el convento de dominicos de San Estéban.

Fué á buscarle, y se hizo anunciar á él como un portugués que deseaba verle.

Colon, que no habia olvidado que Portugal era su segunda patria, que en ella habia pasado algunos años muy felices en el seno de una cariñosa familia, experimentó un vivo placer al recibir al hidalgo lusitano, porque representaba á sus ojos el recuerdo de una de las épocas más dichosas de su vida.

—Perdonad,— dijo don Luis apenas estuvo en su presencia,— que me haya tomado la libertad de venir á veros. Pero aunque no tengo la fortuna de ser vuestro amigo, cuando estuvisteis en Lisboa oí hablar con elogio de vuestro talento, de vuestra profunda sabiduría, y siempre es grato tener ocasion de estrechar la mano de los hombres que tanto valen.

—Me honrais con vuestros elogios,— contestó Colon;—pero más que con ellos, que son una prueba de vuestra amabilidad, me complace veros, porque sois de un país en el que yo he pasado los mejores años de mi juventud, y que nunca hubiera abandona-

do á no haber experimentado tantas desdichas.

Con efecto; he oido hablar de vos á muchas personas, y sé que antes de venir á España visteis á nuestro rey, que Dios guarde, don Juan II, y le ofrecisteis, si os apoyaba, conquistar para él desconocidas tierras.

—Es verdad; esclavo de una idea, hace ya mucho tiempo que busco con ánsia los medios de su realizacion; pero todas las puertas se me cierran.

—El rey de Portugal, segun parece, os escuchó...

—En efecto; me escuchó con atencion, y su benevolencia me hizo esperar que me apoyaria; pero desgraciadamente, tanto el monarca de Portugal como el de España; á quien tambien he sometido mis planes, encargaron á consejos muy ilustrados, pero poco favorables para mí, el exámen de mi teoría. El de Portugal le deshechó calificándome de visionario; el de España nada resuelve, y yo me consumo en la ociosidad, en la duda, viendo que los disgustos trabajan mi existencia, y pensando que cuando llegue el dia en que tenga alas para volar, será tarde.

Desgraciadamente era cierto.

—Segun eso,—añadió don Luis,—¿en España no habeis hallado una acogida favorable?

—Los reyes se interesan por mí; pero el consejo, ó no me comprende, ó no quiere comprenderme. Por otra parte, no se piensa más que en batallas y en conquistas. ¿Qué quereis que consiga el pobre marino que vive en el abandono, sin la fé y la esperan-

za que lehan sostenido áun en sus épocas más difíciles?

—¿Por qué no volveis á Portugal?

—Es inútil.

—Tal vez no.

—Salí de aquella tierra porque la pobreza se habia apoderado de mí, y ni áun piedad hallaba en los que yo queria como mis hermanos.

—¿Quién sabe si ya están arrepentidos de haber observado con vos esa conducta?

—Estoy seguro que ni de mí se acuerdan.

—Lo que es en eso padeceis un error. Yo vengo de allí, y vuestro nombre es conocido y respetado. La noticia de vuestros adelantos cerca de los reyes, si por un lado alegra á los que os quieren bien, por otro entristece á los que quisieran que conquistáseis para Portugal esos ricos países que suponeis que están en medio del Océano. La opinion es muy favorable para vos, y yo no dudo que si volveis á Lisboa y os presentaseis al monarca, os recibirá bien, os prestará su apoyo.

—Yo estoy seguro de lo contrario.

—¿En que os fundais?

—El me dejó marchar en los últimos dias que estuve allí. Pobre y enfermo, ni aun una limosna honró al desvalido extranjero.

—¿Y de eso deducís?...

—Que me ha olvidado por completo.

—Estais equivocado; puesto que es preciso, y os tengo por un hombre de honor, voy á revelaros un secreto.

—¡Vos!—exclamó Colon, admirándose del cambio de lenguaje y de la actitud en que se colocaba el portugués.

—Yo, sí; sabéd que el rey don Juan, mi señor, arrepentido de haberos dejado partir, de no haberos proporcionado cuanto necesitábais para realizar vuestros deseos, me ha enviado á España con el objeto de buscaros, de indagar cuál era vuestra situacion, y de deciros en su nombre: «Colon, volved á Portugal; decidme qué quereis en cambio de vuestros descubrimientos, dad á mis pueblos una gloria más, que la envidien todas las naciones.»

—¡Vos!—exclamó Colon con sorpresa y asombro.—¿Venís en nombre del rey de Portugal á hacerme esas proposiciones?

—Sí; desde este instante espero vuestra resolucion. Ved esta carta,—añadió, dándole una que de su puño y letra habia escrito don Juan para que se la entregase á Colon.

El ilustre genovés lo estaba viendo, y parecia que soñaba.

—Aceptais, ¿no es verdad?—dijo don Luis.—En ese caso, vos dispondreis vuestra partida. Tengo orden de proporcionaros cuanto sea necesario, con tal de que emprendais el viaje inmediatamente.

Las dudas lucharon con más fuerza que nunca en el alma de Colon.

Y sin embargo, ¿debía desperdiciar aquella ocasion tan propicia de conseguir los deseos de toda su vida?

—No puedo responderos,—contestó á las reiteradas instancias de don Luis.

—Es decir que os negais...

—No; sólo os suplico que me dejéis algunos dias para tomar esta resolución trascendental.

—Haced lo que gustéis; pero os advierto que tal vez cuando os resolvais será tarde. Los reyes sienten más un desaire que una pérdida, por inmensa que sea, y si yo le escribo que habeis aplazado vuestra contestación...

—Haced lo que gustéis.

—Os estimo demasiado, y quiero daros tregua. Aguardaré dos dias, cuatro, nada más; reflexionad en este tiempo lo que os conviene, y con el mayor misterio, porque si yo he hablado de este modo ha sido confiado en vuestro honor, decidme vuestra resolución.

Don Luis se alejó, y Colon quedó abismado en sus pensamientos.

Era cierto que los Reyes Católicos le habían oído con benevolencia; reconocía en ellos, sobre todo en ellos más que en sus consejeros, deseos de auxiliarle; pero ¿no triunfarian en su ánimo los que á toda costa querian postergarle?

¿Las luchas no podrian prolongarse y malograr los buenos deseos de los reyes?

—¿Debia esperar?

—¿Podria esperar?

Todas las contestaciones que en sentido afirmativo se le ocurrian, quedaban dominadas por la sed de gloria que le devoraba.

Abandonando á España y volviendo á Portugal, estaba seguro de que en breve tiempo tendria las embarcaciones necesarias para darse á la vela, explorar los mares, y sentar la planta sobre las tierras que conocia.

Esta seguridad le deleitaba, le embriagaba, le hacia olvidar toda clase de consideraciones, inclinándole á dar una respuesta afirmativa.

El resto del dia y toda la noche los pasó en esta zozobra.

A la mañana del dia siguiente buscó á fray Diego de Deza, y le confió la entrevista que había tenido con el hidalgo portugués.

—Y ¿qué pensais?—preguntó con interés el dominico.

—Pienso partir.

—¡Oh, Dios mio! Eso seria terrible; negar á nuestros augustos reyes esa gloria que soñais para ellos.

—¿Acaso no me tienen abandonado?

—Si; pero no por culpa suya: yo estoy seguro. De todos modos, si algo vale para vos mi amistad, aplazad la contestación, aplazad el viaje, hablad antes á todos vuestros protectores; confiadles en secreto las proposiciones que os hace el rey de Portugal por medio de su emisario; escribid á los mismos reyes si es preciso, y sobre todo no nos abandonéis.

El dominico agotó toda sus influencia para inclinar al noble genovés á tomar esta resolución,

La duda le mortificaba más aún que el desencanto.

Para que todo se complicase, por aquellos dias habia llegado á Medina del Campo un embajador del rey de Inglaterra, Enrique VII, el cual, además de la mision que traia cerca de los reyes, debia desempeñar otra secreta cerca de Colon por orden de su soberano.

Sabido es que antes de abandonar á Portugal, y al irigirse á Génova y Venecia para ofrecerles su descubrimiento, no habiendo obtenido contestacion favorable, escribió en el mismo sentido al rey de la Gran Bretaña.

Tambien este monarca le desamparó; pero dominado como todos los reyes en aquel tiempo por el deseo de imitar á Portugal en la adquisicion de las colonias, pensó que aquel oscuro marino que desde Lisboa se habia dirigido á él podria satisfacer su deseo, y su embajador llevaba la orden de facilitarle recursos para que fuera á Inglaterra.

Sir Villiams Coffray visitó tambien á Colon en el monasterio de San Estéban, y con ménos diplomacia, pero con más seguridad, le comunicó las proposiciones de su rey y señor.

El rey de Inglaterra hacia al ilustre marino promesas brillantísimas.

Estos efrecimientos aumentaron sus dudas.

El exceso del bien como el exceso del mal, mortifica.

El arzobispo de Toledo no estaba en aquellos momentos en Medina del Campo.

No tenia á su lado más que á fray Diego de De-

za, el cual no le dejaba un sólo instante de la mano para que rechazase aquellas ofertas.

¡Cuánto luchaba el infeliz Colon!

Don Luis de Souza, que supo que le habia visitado el embajador de Inglaterra, accedió á sus ruegos, aplazando su contestacion algunos dias más.

Entre tanto, escribió á su rey para decirle lo que pasaba y pedirle nuevas instrucciones.

Desesperado Colon, y recordando que fray Pedro Antunez, su buen amigo y confidente de todos sus secretos, era el que tenia más medio de darle un buen consejo, se apresuró á escribirle, manifestándole la situacion en que se hallaba, y abriéndole por completo su corazon.

No se hizo aguardar mucho la respuesta.

— «Oh! No, Colon,—le decia;—no partais.

»¿Habeis olvidado que en esta tierra, donde tanto habeis sufrido, teneis dos hijos?

»¿Habeis olvidado que en su seno yacen los restos de vuestra adorada Beatriz?

»Habeis olvidado que teneis protectores que estiman en mucho, y que los mismos reyes preocupados por los negocios públicos parecen haberos olvidado, sentirian en extremo vuestra ausencia?

»No; no partais; antes de tomar esa resolucion definitiva, buscad al arzobispo de Toledo, hablad á los reyes si es preciso, escribidlos si no estais á su lado y os apremia el tiempo.

»Hacedlo todo antes de que nos abandoneis para siempre.»

Colón siguió el consejo de fray Pedro Antúnez.

El arzobispo de Toledo llegó á Valladolid de paso para Medina del Campo.

Colón, acompañado de fray Diego de Dezu, fué en su busca, y una vez en su presencia, le refirió lo que le sucedía.

—No partais,—le dijo también don Pedro González de Mendoza.—Aguardad aquí nada más que unos días las órdenes de sus majestades.

Don Luis de Souza, que todavía no había recibido nuevas instrucciones del rey de Portugal, apenas supo que se había dirigido á Valladolid, le siguió.

Dos días después recibió Colón en Valladolid la visita del tesorero González, el cual le entregó en nombre de los reyes una cantidad de dinero suficiente para que pudiera presentarse en Sevilla, en donde con aquella misma fecha mandaban los monarcas que se reuniese un jurado de los hombres más doctos de aquel reino, para que examinasen de nuevo á Colón y diesen pronto su informe, á fin de activar en lo posible los trámites de las negociaciones que tan lentamente marchaban.

También recibió una cédula de los reyes, en la que estos mandaban á los magistrados de todas las ciudades, y á los alcaldes de todas las villas, que le hospedasen á su paso; dando á Colón la seguridad de que en lo sucesivo, mientras se resolvía en su expedición, nada le faltaría en España.

El arzobispo de Toledo había confiado á los reyes las proposiciones que los embajadores de Portugal y

de Inglaterra habían hecho á Colón, y esto bastó para que tomasen aquellas medidas.

Poco después de separarse Colón del emisario que tan felices nuevas le había llevado, se presentó don Luis de Souza, que por un correo extraordinario había recibido instrucciones de don Juan II, dándole carta blanca con tal de que regresase inmediatamente con Colón.

Ya era tarde.

El ilustre genovés rechazó sus ofrecimientos, como asimismo los del rey de Inglaterra, y sin perder un instante se dirigió á Sevilla.

La desgracia no se había cansado todavía de perseguirle.

Al llegar allí tuvo que aplazarse la conferencia en que debía tomar parte.

Veamos lo que pasó.